marcan, para mí, las cimas de su obra. Se trata de un cierto «tremendismo» de «poeta maldito», a lo Poe, a lo Baudelaire. Como *Las flores del mal,* el presente libro[1] se cierra con un desgarrado soneto al libro mismo.

Personalmente, prefiero al poeta de los grandes y subyugantes temas americanos, por cuyos versos circula la materia viva de su pueblo. La voz colombiana, crecida desde México, de Germán Pardo es una de las que más auténtica y dignamente pueden representar hoy la gran poesía de Hispanoamérica.

L. de L.

[1] Editorial Cultura, México, 1960.

«Al oeste del lago Kivú los gorilas se suicidaban en manadas numerosísimas», de Julio Antonio Gómez

Como en *El rinoceronte,* de Ionesco, una metamorfosis del ser gregario permite a Julio Antonio Gómez hablar de los gorilas subiendo y bajando las escaleras del «metro», detenidos en las colas del autobús, anhelando, contra las taquillas de los cines, un poco de felicidad. Se ve, pues, que no hay sentido peyorativo ni negación de lo solidario en la visión superrealista de esta poesía, sino contrariamente, una patética com-

prensión de la vida en determinada sordidez social: el tedio de las grandes ciudades, la humildad del suburbio, la angustia de las gentes modestas, el gregarismo deshumanizado. La evasión que aquí, partiendo de una realidad tangible, se realiza, no es al sueño, sino a la vida, sentida pura y libremente. Ansiosamente sentida, diríamos, porque son ese ansia y un instinto de salvación por el amor dos de los impulsos que me parece descubrir en la raíz de la poesía escrita por Julio Antonio Gómez.

Poesía que nos muestra cómo el todo social no exige constreñimiento a lo testimonial prosaico. Testimonio se da con formas poéticas muy distintas, incluso con ésta que tanto debe al superrealismo.

Es asombrosa la riqueza imaginativa con que Julio Antonio Gómez realiza múltiples conexiones. No es ya sólo la imagen muy *en forma,* sino la caótica, y a la vez sorprendentemente clara, asociación de elementos para aprehender la diversidad de aspectos y visiones que facetan la realidad. Si en lugar de una nota esto fuera un estudio, analizaríamos, como muestra, un fragmento breve en el que se comienza por el apasionado beso en el cuello de una mujer y se concluye con las inundaciones de los arrozales asiáticos. Tal caos no es extraño en la poesía superrealista, desde luego, pero sólo en la de poetas auténticos nos da la sensación de verdad y nos comunica esa vaga onda emocional del quid poético.

Y a eso venía. A reconocer la autenticidad poética de Julio Antonio Gómez. Su superrealismo tampoco es total. Procede por yuxtaposición de frases asociadas con mucho de intuitivo pero

que sin duda se deben a un poeta con los ojos bien abiertos. En el curso de los poemas se incluyen fragmentos de diálogos con tensión ansiosa, que suenan como gritos angustiados y que contribuyen acertada, eficazmente al clima propuesto. Con frecuencia se interfieren en el poema dos planos: el de la ilusión o el deseo —incluso el instinto sexual, que tiene la fuerza del contacto real con la vida— y el de la versión tacaña que la turbia cotidianidad permite.

En la poesía de Julio Antonio Gómez se dejan sentir la influencia aleixandrina y algún otro recuerdo, como el propio título y otras frases intercaladas a la manera de la simultaneidad que muestra la técnica novelística de John Dos Passos. No obstante, los cuatro extensos poemas que componen este libro[1] están resueltos con personalidad y lo sitúan en un punto de avanzada entre los actuales poetas jóvenes.

Unas ilustraciones de Saoul Strindberg y de Gregorio Prieto hacen más sugestiva la edición.

---

[1] Colección «Papageno», número 1. Zaragoza, 1960.

L. de L.

Valoración de Gaudí

En la revista *Les Lettres Nouvelles* (febrero 1961) y con motivo de la exposición celebrada en París bajo el título *Les Sources du XX.e siècle*, publica Michel Butor un artículo en el que alude al arquitecto catalán Antonio